

Nada. Solo oía, y esto le estremeció, por lo paradójico, el silencio.

Estaba francamente alarmado. Hubiera dado una fortuna por ver algún otro ser, el más humilde, el más estúpido; o por sentir una voz humana y cambiar unas frases hechas, un saludo. Pensó que sería hermoso apearse en cualquier bar de la carretera, tomar un refresco y sentir la cálida cercanía de unos semejantes. Jamás pudo imaginarse él, tan apartado y despreciativo para con los demás, que pudiera llegar a desear, con desesperación creciente, con aterradora angustia, la presencia de alguien; que llegara a ser tan importante la compañía. Era terrible sentirse solo, irremediablemente solo, definitivamente solo.

Ahora tenía la certeza de que algo anormal, extraordinario, fuera de toda ley conocida, estaba aconteciendo. Observó cómo pese a la velocidad con que corría el auto, el cuentakilómetros marcaba cero.

-Es una pesadilla, -musitó poco convencido.

Trató de parar y no pudo. El freno no respondía; el cambio de marchas, el embrague y el acelerador estaban como petrificados y era imposible moverlos. Cerró la llave de contacto y el motor seguía rugiendo.

Un pánico irracional le embargó por completo, paralizando todos sus miembros. Fue entonces cuando creyó oír chirriar de frenos, bocinazos, sirenas, ruidos de la autovía..... Un leve instante nada más. Luego, silencio. El auto corría vertiginosamente por la negra, larga y recta carretera, hacia un horizonte huidizo y sobre un erial alucinante, insólitamente solitario, lleno de sombras tenebrosas. Y tuvo el convencimiento, por primera vez, de que su destino era ya aquella eterna marcha sin final.

Agosto, 77

NOCHE DE BRUJAS

I

- Toño, el correo está al llegar. Vete a por la prima.

- Está bien, mamá.

El muchacho se levantó perezosamente. Tenía pocas ganas de bajar a la carretera.

-Anda, date prisa.

-Ya voy ¡valiente lata con esto de la prima!

-¡Que le vamos a hacer! Es la hija de mi hermano -comentó; pero luego, para sí, pensaba: Sí es una lata, como dice Toño. Tanto tiempo sin acordarse de mí y ahora, de pronto, que si quieres hacerme el favor de tenerla una temporada para que se recobre de una enfermedad. ¿Es que no hay sanatorios en Barcelona? ¡Claro, es mas barato que yo la cuide!. Faroles, ínfulas, sí, muchas: Estamos la mar de bien, ganamos mucho, es un atraso vivir en la aldea. ¡Leñe! ¿Para que recurrían al pueblo, entonces?... Es mas sano, hay aire puro y la chica necesita fortalecerse... ¿Y yo? A la puñeta, a fastidiarme, con el trabajo que tengo. La siega en marcha, pronto le vendimia y yo solita, porque este hijo mío es flojito, como su difunto padre, que en gloria esté... Y la niña será una pelandusca de capital, tísica, porque allí están todos tísicos, que no me digan.

Mientras así cavilaba iba fregando los platos y cucharas que habían servido para el almuerzo. Era una mujer recia, alta, curtida y de unos cincuenta años. Conservaba una cierta rústica belleza que, sin embargo, quedaba desdibu-

jada por su ceño duro y un tanto violento; era mujer decidida y acostumbrada al mando. Quizá su temprana viudez, que la obligó a enfrentarse con difíciles situaciones, conformó su carácter enérgico.

En la aldea era respetada. Con su consuegra, la madre de la novia de Toño, también viuda, constituían dos raros ejemplares de mujeres activas, que habían sacado adelante las pequeñas haciendas heredadas de sus maridos, trabajando duramente la tierra, de sol a sol y defendiéndose con valentía de quienes, por el hecho de ser mujeres, creían poder aprovecharse. Consiguieron, así, formar un patrimonio que les permitía vivir con holgura.

La difícil vida en el campo la había transformado en tacaña y egoísta, tal vez porque cuanto poseía le costó penosos sudores. Todo su afán giraba en torno a ir añadiendo, cada cosecha, un trocito de terreno a las ya extensas fincas de su propiedad. Por eso cuando Toño, con la despreocupación de la juventud, le pedía dinero o descuidaba los quehaceres, se enfurecía. No comprendía las necesidades de expansión del muchacho.

Había sido una madre absorbente y autoritaria. El hijo creció sin iniciativas, con absoluta dependencia a sus dictados. Cuando llegó a la edad propicia, fue ella quien escogió a la que más interesaba para novia. Entre las dos viudas se hizo un arreglo, una transacción, buscando para el futuro unir las propiedades limítrofes en una gran unidad. Lo demás, los gustos de los jóvenes, importaban poco.

II

Toño, con paso cansino, bajaba la empinada calle principal de la aldea, camino de la carretera. Desde allí se divisaba toda la hondonada formada por el río, cubierta de árboles y salpicada de blancas casitas. Las suaves laderas de los montes veíanse, en ésta época, vestidas con el verdor de las vides.

-¿Dónde vas, Toño?

-A recoger a una prima que viene en el correo.

-Pues a ese paso llegarás en Pascuas. La tartana está ya abajo.

-¡Contra!

Salió corriendo. En la carretera, efectivamente, había un destartado autobús, del que bajaban algunos viajeros. Toño, con el temor a una regañina de la madre, volaba hacia el lugar de parada. Al desembocar en la carretera el correo, renqueante y ruidoso, se marchaba. Miró hacia donde debiera estar la prima. No vio a nadie. Solo maletas en el arcén.

Se acercó un tanto desconcertado. Observó estúpidamente las maletas. Una voz, a sus espaldas, le hizo rodearse con velocidad inusitada en él

-¿Eres Toño?

-Yo... Sí... soy.

Se sintió rodeado de unos brazos ágiles que le apretaban y, en sus mejillas, percibió el contacto de una piel suave y de unos labios que le besaban.

-Yo soy Adelina; Lina para la familia y los amigos.

-¡Vaya! -exclamó él tontamente, mientras miraba, sorprendido, a su prima.

Era ésta una muchacha de veinte años, delgada, alta y cuyas formas, bien proporcionadas, resaltaba el ceñido pantalón vaquero y la etérea camisa que vestía. Su rostro, algo pálido y mostrando cansancio, tenía la serena belleza de las vírgenes de Murillo

-¿Nos vamos?

-¡Ah! Si. -dijo él, cogiendo dos gruesas maletas.

-Yo llevaré la pequeña ¿Está muy lejos la casa?

-No, no. Aquí todo está cerca.

Subieron, pesadamente, por la inclinada calle. Sin hablar, Toño miraba de reojo a su prima. Hacia calor, ese calor agobiante de los veranos del Sur.

-Aprieta bien el sol -comentó Lina.

-Ya estamos -dijo Toño, entrando en la casa, situada al final de la calle.

-¿Ha llegado? -se oyó una voz.

-Sí, mamá.

Lina vio como se acercaba una mujer enlutada, alta, con forzada sonrisa que pretendía disimular su hosquedad.

-¿Adelina?

-Sí, tía.

Se abrazaron con protocolaria frialdad. La joven tuvo la sensación de que no era agradable su visita.

-Bueno -pensó-; cuando pesen unos días, me largo.

III

-¡Toño! ¡Toño! ¿Dónde estás?

Lina se había sentado, cansada, a la sombra de un olivo. La subida por el cerro, bajo un sol asfixiante, le tenía agotada.

Le disgustaba estar en la casa, junto a la tía; por eso, con cualquier pretexto, marchaba a la búsqueda del primo. A veces, como hoy, caminaba largas distancias hasta encontrarle. Había congeniado muy bien con él.

-¡Toño! -llamó nuevamente.

Una vez repuesta, se levantó y miró, girando sobre sí misma. Debajo de un frondoso árbol vio un bulto. Fue hacia allí, despacio, hasta que reconoció a Toño.

-¡Granuja! ¿Por qué no respondes? -le riñó, con gracioso mohín, mientras de rodillas, daba coscorrones al muchacho.

Toño se defendía ocultando la cabeza entre los brazos, riendo. Pero como ella no cesaba en sus golpes, la cogió por la cintura y rodaron por el suelo, entre carcajadas y festivos gritos.

Después, hartos y fatigados del juego, se tumbaron a la sombra. Eran felices, con esa felicidad exuberante y alocada de la juventud.

-¡Que calor mas horroroso! -exclamó Lina.- No comprendo como puedes trabajar así.

-Hago lo imprescindible; pero no se lo digas a madre.

-¡Tunante! -rió ella.

Lina aspiraba con fruición el olor a mies recién segada. Una cigarra entonó su monótona cantilena.

-¡Cómo me gustaría bañarme!

-Aquí cerca forma el río un remanso. Si quieres...

-No tengo bañador.

-A estas horas no pasa nadie.

-¿Vigilarás tú?... Pero sin mirar, ¿eh?

-Claro, mujer.

Bajaron hasta el río. En un recodo, casi oculto por sauces y arbustos, existía como una presa natural, de aguas limpias, transparentes y poco profundas.

-Me desnudaré allí, -dijo Lina, señalando un espeso sauce; -tu vigila..., pero sin mirar.

-Sí.

Durante unos minutos permaneció oculta. Toño observaba con atención el único sendero que zigzagueaba cerca. Hasta él llegó el ruido de un cuerpo que se lanzaba al agua y, después, un chapotear apresurado y una risita contenida de satisfacción.

-Toño, está estupenda.

Instintivamente iba a volver la cabeza, pero se contuvo. Así permaneció unos minutos. Continuaba el batir del agua y la apagada risa. Mas tarde quedó todo en silencio. La tentación por saber que ocurría fue invencible. Con sigilo se acercó y, oculto tras un viejo tronco, miró. Lina flotaba, boca arriba, apenas cubierta por el agua, dejando ver unos pechos bellísimos y un cuerpo digno de escultura griega.

Toño quedó absorto, con la mente en blanco y una sensación jamás sentida.. Un ruido desde el sendero le volvió a la realidad. Vio llegar a una mujer enlutada, tirando de una mula.

-¡Lina! ¡Lina! -llamó con voz queda;- Sal que viene gente.

Corrió y, en su apresuramiento, tropezó y cayó al remanso, casi junto a Lina, que nadaba ya hacia el lugar donde estaba la ropa. Chilló la muchacha, involuntariamente, mientras se dirigía veloz a ocultarse.

El grito y el barullo formado, hicieron que la mujer dirigiera la vista a ellos.

-¡Santo Dios! -exclamó al verlos huir en aquel estado.

Permanecieron ocultos un rato. Cuando la mujer desapareció por el caminito, Lina, ya vestida, fue hasta Toño y le preguntó

-¿Nos habrá visto?

-No lo sé

-¿Quién era?

-Natalia, la viuda, la madre de Teresa.

-¿Qué Teresa?

-Mi novia.

Lina, sin poderlo evitar, soltó una carcajada larga y estruendosa. Toño, un poco mosqueado, la miraba perplejo hasta que, contagiado, rió también.

IV

El cura, con voz cascada, hablaba con pesadez y machaconería del infierno. Repetía, reiteraba aquello de crujir de dientes, como si en las Escrituras no hubieran otros mensajes que los de condena y muerte.

Lina, distraída, ausente, paseaba su mirada por las paredes, el pequeño retablo, el techo lleno de manchas producidas por goteras, la hornacina que a su derecha ocupaba un desconocido santo. Le llamó la atención la enorme cantidad de piernas y brazos, reproducidas en pequeño tamaño y aparentemente en plata, que estaban colgados y ordenados sobre una tabla, junto al santo. Trató de

contarlos varias veces, pero no consiguió terminar.

-¿Eso para qué es? -preguntó a Toño.

-Son exvotos- contestó él, en voz baja.

La madre los miró severa. El cura continuaba con su plática tenebrosa, plagada de torturas horripilantes y macabras.

Lina se tapaba la boca para disimular los continuos bostezos. Se dedicó a observar a los asistentes. Había tipos curiosos cuyas facciones le recordaba a ciertos animales. Un viejecito de su izquierda tenía casi exacto parecido a un conejo; aquella mujer del pañuelo descolorido, era un loro; la niña inquieta y traviesa, sentada delante, una ardilla, una auténtica ardilla; el hombre gordo de última fila, un sapo, con su gruesa panza.

Mas arriba se encontraba Natalia, la viuda. Su pronunciada nariz aguileña le daba aspecto de ave de presa. Un pañuelo negro, idéntico al que usaban todas las mujeres de la aldea, cubría su cabeza. Teresa, la novia de Toño, no había venido

-¿Qué le pasa a tu novia? -inquirió Lina.

-No lo sé; estará mala.

En la calle, una vez terminada la misa, las dos viudas conversaron animadamente, apartadas de los jóvenes. Natalia hablaba con voz queda y miraba, con insistencia, a Lina. La madre de Toño escuchaba atenta y, en ocasiones, intercalaba algún comentario.

Lina observaba, de lejos. Por la contracción del rostro de su tía, comprendió que no le agradaba a ésta lo que oía.

-Le estará contando lo del baño -pensó, y se encogió de hombros, despreocupadamente.

La tía llamó a Toño. Cuando regresó éste dijo a Lina:

-Vámonos a casa, ella vendrá después.

El calor, conforme avanzaba el día, iba en aumento. El agradable vientecillo mañanero había desaparecido dando paso a una calina fatigosa.

Ya en casa, Lina propuso:

-¿Bailamos?

-No sé -se excusó Toño.

-Yo te enseño.

Entró en su habitación y salió con un pequeño tocadiscos.

-Pondré un rock; ya verás como te gusta.

Sonó, estridente, la música. Lina comenzó a contorsionarse rítmicamente, mientras daba instrucciones a Toño de como debía hacerlo. Este se resistía hasta que ella, cogiéndole de las manos, le obligó a moverse, a girar, en tanto reía

escandalosamente.

-Pero, ¿qué hacéis? -se oyó, agria y adusta, la voz de la viuda.

-Enseño a Toño a bailar.

-¡Basta de tonterías! Apaga ese maldito aparato. ¡Vaya unas cosas que os enseñan por allí!

V

Estaba cansado. El agobiante calor del mediodía, le hacía sudar continuamente. Bebió agua del botijo y miró hacia el sendero por ver si, como otros días, llegaba Lina. Nadie. Se recostó en el suelo, a la sombra, y cerró los ojos. Una voluptuosa somnolencia se iba apoderando de él, cuando sintió pasos. Se incorporó y vio a su madre.

-¿Así trabajas?...

-Descansaba un rato -balbució tímidamente

-¡Menudo haragán estás hecho! -y añadió, sentándose junto a él-: Pero no vengo a reñirte.

Hubo una pausa, en la que la madre escrutó a su hijo. Luego, con voz severa, dijo:

-La Natalia me ha contado cómo te bañabas con tu prima.

-Mamá, yo no me bañaba, me caí al agua.

-Ella estaba desnuda.

- Pero yo no la miraba. De verdad que no hubo nada malo.

-Mañana se marchará.

Toño, por primera vez en su vida, fijó sus ojos en los de su madre y le sostuvo la mirada, como queriendo penetrar en sus mas recónditos pensamientos.

-Los mayores nunca pensáis bien de nadie -dijo sereno y firme-; Lina es una muchacha estupenda y buena.

-Se irá.

-Se haces que se vaya, me marcharé yo también. Estoy harto de campo, de aldea y de gente maliciosa.

-¡No te atreverás! Aquí está Teresa.

-¡No me importa Teresa, ni su madre, ni sus fincas!

-¡Toño!

-Si echas a Lina, no me verás más.

La energía con que expuso esta decisión, sin estridencias, reposadamente, estremeció a la viuda. Aquel era un Toño nuevo, desconocido y rebelde. Comprendió que sus amenazas, si llegaba la ocasión, serían cumplidas.

Una ira sorda se apoderó de ella, haciendo que temblaran sus labios, sin poder pronunciar palabra.

VI

Anochecer de un día cálido. El sol, semioculto, pintaba de oro unos nubarrones allá en le horizonte. Su dorada luz recortaba dos siluetas oscuras, que subían, desde la ribera, gesticulando. Eran las dos viudas, enfrascadas en interminable charla.

-Debes hacer algo, Matilde -decía la Natalia-; esa lagarta lo tiene encandilado. Debías echarla y que se fuera.

-Me dejaría él.

-Siempre te ha obedecido.

-Ahora, no. Lo he visto en sus ojos.

-Se le pasará.

-No lo creo. No te puedes imaginar lo cambiado que está.

-Ya lo he visto. Con la Teresa ni habla. La pobre está tan entristecida que ni come.

-No sé como arreglar ésto.

--¿Hasta cuando piensa estar aquí tu sobrina?

-Hasta pasado el verano.

-En ese tiempo es capaz de deshacerlo todo. ¡Tan bien combinado que estaba! ¿Pero ella tiene interés por Toño?

-No estoy segura; parece que sí. Pero lo malo es que Toño es otro. Tu niña, además, y no lo tomes a mal, es sosilla y no sabe trajinarlo. Mucho me temo que ya nunca vuelva a Teresa.

-No podemos consentirlo; acordamos unir las "Eras" y las "Palomas" con el matrimonio.

-¿Y qué hago yo? Toño ya no me obedece.

-La "Jiba".

-¿Qué dices?

-¿Por qué no recurrimos a la "Jiba"? Dicen que hace bebedizos.

-Mujer, ¿vas a creer en tonterías?

-Por probar...

Quedaron pensativas. Andaban despacio, con pasitos cortos. Soplaban un vientecillo que agitaba sus largas faldas y el pico de los pañuelos.

-¿Y por qué no? -se preguntó la viuda, y añadió: Iremos esta noche, después del velatorio del tío Raimundo.

Noche oscura, sin luna. Ladraba, lejano, un perro. Se podía oír, intermitente, la inquietante voz de un búho. De la casa del tío Raimundo salía, monótono, apagado, el monocorde rezar de la letanía, entremezclado con llantos e hipos.

Terminado el rezo fueron saliendo hombres y mujeres que después desaparecían, silenciosos, por las breves calles de la aldea.

Dos mujeres subían por el cerro, en cuya cima brillaba una débil luz. Era la casa o, mejor, la choza de la "Jiba". Cuatro paredes de tierra, agrietadas, y un techo de paja, componían la mísera vivienda. Por un ventanuco de rotos cristales, se filtraba la luz de un candil.

Las mujeres miraron por la ventana. Dentro veíase una mujeruca pequeña, corcovada, de cara arrugada y desdentada boca. Vestía unos mugrientos harapos y parecía muy atenta a unos guisos que hervían en un puchero de barro.

Empujaron la puerta, sin llamar, y entraron.

Al ruido la vieja levantó la cabeza hacia ellas y las miró, entre sorprendida y burlona, durante largo rato, sin decir palabra. Sus ojillos saltones y vivarachos iban de una a otra, escrutadores.

-¿Qué queréis? -preguntó, al fin.

-Dicen que haces un bebedizo... -expuso la Natalia.

-Agua clara -cortó la viejuca-; ¿a vuestra edad andáis con amoríos?

-No somos nosotras, sino... -intentó explicar la madre de Toño.

-Eso que dicen son patrañas-.

La Natalia sacó del bolsillo un puñado de billetes y se los puso en la mano, diciéndole:

-Queremos que el hijo de la Matilde y una muchacha se peleen.

-¿La forastera de los pantalones?

-Sí.

La mujeruca se dirigió a un destartalado armario y buscó entre un montón de desordenados botes, de todos los tamaños y colores; cogió uno pequeño y entregándoselo a la madre de Toño, explicó:

-Siete gotas, ni una mas, durante siete días, en la cena. -e insistió:- solo

siete gotas, a cada uno.

Y, como si no hubiera nadie con ella, volvió a su tarea. Las viudas, sin despedirse, salieron. Con sigilo y precaución, bajaron a la aldea, perdiéndose en la oscuridad de la noche.

.....
-Natalia, ¿haremos bien? -preguntó dubitativa la madre de Toño.

-Claro que sí -afirmó contundente ésta-; lo peor que puede ocurrir es que no pase nada.

La viuda, algo nerviosa, vertió siete gotas sobre la comida de Toño, con mucho cuidado; después se dirigió al plato de Lina y dejó caer otras siete.

-A ellas más- le dijo la Natalia, tomando el bote y rociando una buena porción.- No le pasará nada..-

VII

-Las doce -murmuró alguien.

Una vieja, de cara renegrida y arrugada, comenzó el rosario. Su voz, silbante por el aire que escapaba entre los huecos de la dentadura, desgranó durante largos minutos avemarias y padrenuestros.

Toño, en un rincón, lloraba silencioso y desconsoladamente, cubierta la cara con sus grandes manos y bebiendo lágrimas.

Las dos viudas, en el extremo de la habitación, permanecían inmóviles, como enlutadas y pálidas imágenes de cera. Teresa, con su cara redonda, colorada como una manzana, miraba con insistencia a Toño.

Todo había sido rápido. Lina se sintió enferma después de la cena y antes de que llegara el médico, arrastrado por Toño, había muerto. Quedó sonrosada, como nunca había estado. Sus músculos no acusaron la menor sensación de dolor. Parecía dormida, simplemente.

Los padres, avisados con urgencia, aún no habían llegado. Se esperaban para el día siguiente, con tiempo para darle un último adiós.

Poco después de terminar los rezos y cuando ya muchos vecinos se habían marchado, ocurrió algo que sorprendió a los presentes: entró la harapienta y maloliente Jiba.

Su fama de bruja y hereje, su vida solitaria, sus maldiciones y blasfemias a voz en grito cuando los niños le jugaban alguna travesura y, por último, su costumbre de no asistir a ningún acontecimiento, triste o alegre, de los vecinos,



provocó la extrañeza por esta visita.

La Jiba, impasible ante los cuchicheos, estuvo clavada en su asiento, dispuesta a ser la última en salir. Y así ocurrió.

Cuando quedó sola, se dirigió lentamente a las dos viudas y en voz baja, para que no la oyeran Toño ni Teresa, les dijo:

-Con que lo habéis hecho... -y continuó, con sonrisa siniestra:- Quiero "Las Palomas" y "Las Eras".

Las viudas quedaron aterradas.

VIII

Toño, por fin, dormía un sueño inquieto.

Las luces de los cirios oscilaban proyectando sombras tétricas y movedizas sobre las paredes.

La viuda entreabrió, con cuidado, la puerta y salió. Dando un rodeo se dirigió al sendero que subía al cerro. Allí se encontró con Natalia. Sin cambiar palabra, emprendieron la ascensión.

Negros nubarrones de tormenta ocultaban las estrellas y hacían mas oscura la noche. De vez en cuando, algún relámpago, incendiaba el cielo. El fragor de los truenos se propagaba entre los montes. Conforme subían, el viento aumentaba en fuerza y arrastraba remolinos de polvo y gotas de agua.

El esfuerzo exigido por el difícil sendero y la lucha contra el ventarrón, les hacía jadear. Por fin se encontraron ante la choza de la "Jiba". No había luz alguna. Permanecieron un momento ante la puerta, escuchando. Entraron.

A la luz de los relámpagos, cada vez mas frecuentes y continuados, vieron a la bruja tendida sobre un viejo camastro. No dormía. Las miraba con ojillos burlones y crueles.

-¿Me traéis las escrituras? -les preguntó, entre risotadas,

-Eso no puede ser

-¡Quiero las fincas..., o hablaré! -gritó.

-Te daremos dinero, mucho dinero -rogó la madre de Toño.

-¡Las fincas!.

-¡Ladrona!. No nos quitarás lo nuestro -chilló también Natalia.

-¡Hablaré!

Los relámpagos eran ya incesantes. La lluvia comenzó a caer violenta. La Natalia, fuera de sí, cogió el puchero de barro, que estaba junto a ella, y lo lanzó

con fuerza al rostro de la vieja, que dejó escapar un grito de dolor.

-¡Es una ladrona! ¡Nos quiere robar!

-¡Malditas!... Ahora sí que lo perderéis todo -aullaba la bruja.

Entonces las mujeres se hicieron con unos gruesos palos, de los que estaban amontonados en la chimenea, y golpearon históricamente el cuerpo de la infeliz que, al principio, trataba de esquivarlos, hasta que quedó inmóvil. Pero ellas continuaron con los golpes, dominadas por ciega locura, por saña inaudita, hasta sentirse agotadas. En sus rostros contraídos, entre gotas de sudor, veíanse salpicaduras de sangre.

Una ráfaga de viento abrió la ventana y aventó rescoldos del fuego, que prendieron en las ropas de la cama.

Las dos mujeres abandonaron la choza y corrieron. A la luz de los relámpagos sus negras figuras, con las ropas húmedas y agitadas por el viento, semejaban brujas volando hacia el lugar de sus siniestros ritos. En lo alto del monte, la choza se había convertido en brillante antorcha.

IX

-Te agradezco todo cuanto has hecho por mi hija. No lo olvidaré nunca.

La viuda callaba mientras se dejaba abrazar por su hermano, inexpresiva y ausente. A su lado, Natalia, con la cabeza gacha, escuchaba atenta.

-Dale un abrazo a Toño; ¡Al pobrecillo le ha afectado tanto!

El hombre subió al autobús, limpiándose las lágrimas. Acomodado junto a una ventanilla, se dirigió nuevamente a la viuda:

-¡Muchas gracias, hermana! Sé que la has cuidado bien, pero ella no tenía remedio.

La sombra de la duda cruzó veloz por la mente de la viuda, estremeciéndola.

--¿Cómo dices? -inquirió.

-Si, tenía una cosa incurable, unos meses de vida. Fue un capricho suyo venir aquí, que yo no pude negar. ¡Muchas gracias!

La tartana arrancó estrepitosa, levantando una polvareda. Las dos viudas se miraron estupefactas, desconcertadas. Después, con la vista estúpidamente fija en el vehículo que se alejaba, quedaron fijas, quietas, como petrificadas.

El hombre agitaba el pañuelo en cariñoso adiós, mientras las dos enlutadas se desdibujaban en la lejanía. Nuca sabría que aquellas quietas figuras, eran la representación más viva y siniestra de la avaricia y la maldad.

Septiembre, 77

LA OTRA OPORTUNIDAD

I

El doctor tenía el aspecto malicioso y socarrón de un diablo Cojuelo o de uno de esos demonios inferiores, más traviesos que perversos, descritos por Velez de Guevara y Quevedo. Sus ojillos, malignos, parecían gozarse con el azoramiento de Emilio.

-Pase y siéntese, -dijo con voz ronca.

Emilio avanzó titubeante, frotándose las manos en un movimiento involuntario y nervioso. Estaba arrepentido de aquella decisión de visitar al extraño doctor. Ahora pensaba que había sido una chiquillada, una tontería, y éste convencimiento le excitaba más y más le aturdía.

-¡Cálmese, hombre! ¡Cálmese! Sé que está arrepentido de haber venido. Piensa que ha sido un error y que no podré ayudarle.

Emilio se estremeció al comprobar cómo adivinaba sus pensamientos, y un absurdo temor se apoderó de él.

-No tema nada -continuó el doctor, con una amabilidad excesiva y sospechosa-; yo puedo y quiero ayudarle. Vamos a ver... ¿Por qué no me cuenta sus problemas?.

Emilio tenía la garganta seca y su voz se negaba a salir. Tartamudeó unas palabras inconexas y sin sentido. El doctor, no obstante, le dejó hablar sin interrumpirlo y esto le fue calmando. Poco a poco coordinó las ideas. Consideró